



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de la Fundación Universitaria San Pablo-CEU



ACTO II

PERSONAS que figuran en este segundo acto.

MELUSINA.

MINUTISA, camarera de Melusina.

CLAVEL.

MARAVILLA.

ESTRELLA.

FEDERICO.

ALBERTO.

GUSTAVO.

LA CABEZA DE MELUSO.

EL DIABLO - POLICHINELA.

EL ESPEJO - ARLEQUIN.

El barbero JUAN.

Una muchacha que baila.

MUSICOS Y COMPARSAS ENMASCARADOS.

ESCENA I

(Una plaza. Al fondo, una Iglesia. A los lados, casas, en las que habrá tres ventanas y tres puertas practicables. En primer término, a la derecha, un ventanal o balcón y puerta del Palacio de Meluso: frente a él, en primer término, a la izquierda, una fuente.)

Está amaneciendo. Tañe una campana con toque de Misa de alba. En el balcón, MELUSINA, vestida de tocas y manto de viuda, con negros crespones: la acompaña MINUTISA, vestida de encarnado. Luego, ESTRELLA, MARAVILLA y CLAVEL, en las ventanas: y en las puertas: FEDERICO, ALBERTO y GUSTAVO. Duerme ARLEQUIN, medio recostado contra el pilón de la fuente.)

MELUSINA, MINUTISA, ARLEQUIN: luego EL DIABLO, ESTRELLA, MARAVILLA, CLAVEL, FEDERICO, ALBERTO, GUSTAVO y COMPARSAS. Música y canto dentro.

MELUSINA. Manos de amor me tiende con el día
el engaño mortal de lo lejano,
al cerrarme, con cerco ciudadano,
horizontes de muda pedrería.
 Sangra de luz la clara lejanía
que hiere el sol con resplandor liviano
como clava en la palma de mi mano
el destino invisible su porfía.
 Quisiera asirme al hilo que me tiende
la agonizante luz de la alborada,
asiéndome al temblor de sus albores;
 que cuando siento el rayo que me prende,
por destellos de luz encadenada,
me quemo en el afán de sus fulgores.

MINUTISA. El alba es una agonía
que se desangra en las flores,
con aroma de colores
y color de melodía.
Yo no sé qué pasaría
si no hubiera ruiseñores:
pero pulsa más temblores

en el himno de su vuelo
asumida por el cielo
la alondra que canta albos.

CLAVEL.

(En la ventana)

La tierra viste de brumas
la desnudez de sus oros;
como hacen risa los lloros,
y la mar deshace espumas.

MARAVILLA.

(En la ventana)

La pradera florecida
rompe en sonrisa tu llanto:
todo renace al encanto
venturoso de la vida.

ESTRELLA.

(En la ventana)

Trina mejor sus primores
la alondra que el ruiseñor.
Todo te dice: el amor
es amor de los amores.

CANTO.

*Flores y pájaros son
espejo de los amores:
unos, eco de colores;
otras, olor de canción.*

MINUTISA.

La luz es como un lamento
que se desgrana en la altura,
palpitante de ternura
y musical sentimiento.
Si la nube, con el viento,
vela su sangre encendida,
no le apagará la vida
al velarnos su ilusión,
que así vela el corazón,
con el llanto, lo que olvida.

CLAVEL.

(En la ventana)

El amor de los amores
es al amor del amor
lo que el pájaro cantor
a los pájaros cantores.

MARAVILLA. (*En la ventana*)
Lo que el olor de las flores
es al olor de una flor;
y la red del pescador
a los peces de colores.

ESTRELLA. (*En la ventana*)
Lo que es el sol a los soles
si los apaga de estrellas,
cuando no refleja en ellas
la luz de sus arreboles.

CANTO.

Flores y pájaros son...

MINUTISA. El viento es corcel sin brida
que, con ímpetu violento,
arrebata al pensamiento
alma, corazón y vida.
Si la luz estremecida,
no remansa su temblor
tan sólo podrá el amor,
temeroso de su suerte,
arrebatarle a la muerte
estrella, pájaro y flor.

(Se retiran del balcón MINUTISA y MELUSINA.)

CLAVEL. (*En la ventana*)
La Iglesia que se levanta
sobre los prados en flor,
es bandera del amor
que a los cielos se adelanta.

MARAVILLA. (*En la ventana*)
¡Tirana de cada día,
no nos tires más tirones
tíranos tirabuzones
sin tanta tintanería!

ESTRELLA. (*En la ventana*)
La campana: ¡tín, tán, tón!
repica incesantemente.

El cencerro, consecuente,
responde: ¡tolón, tolón!

CANTO.

Flores y pájaros son...

(Cerrando cada una su ventana desaparecen las tres. ARLEQUIN se levanta, desperezándose, al tiempo que sale por la puerta del Palacio Meluso, MINUTISA, vestida toda, como estaba, de rojo encendido, y tocada la cabeza con mantilla o manteleta o velo negro o gris. ARLEQUIN se precipita a su paso.)

ARLEQUIN. Minutisa, dime, dí,
¿a dónde vas tan de prisa?

MINUTISA. Voy a Misa,
ARLEQUIN. ¿Vas a Misa,

Minutisa,
vestida de carmesí?

MINUTISA. Si que sí.

ARLEQUIN. Pues, ¿cómo así
en miércoles de ceniza?

MINUTISA. Como así
la llama que es un rubí
si se deshace en el viento
se hace polvo ceniciento.
Y yo, porque soy rojiza,
me enmascaro de ceniza.

ARLEQUIN. ¿Por qué sí?

MINUTISA. Porque indecisa.

ARLEQUIN. ¿Indecisa,
Minutisa,
se prende la llama en ti?

MINUTISA. ¡Ay de mí!

ARLEQUIN. ¿Pues no te avisa?

MINUTISA. ¡Me estoy muriendo de risa!

ARLEQUIN. ¡Minutisa carmesí!
Ni contigo ni sin ti
mi vida tiene remedio:
sin ti, me muero de tedio;
contigo, de frenesí.

MINUTISA. ¡Ay de ti!

(Entra en la Iglesia)

ARLEQUIN. ¡Ay de mí!

(Hace una pirueta como rematando una actitud de baile y queda inmóvil. Sale de la Iglesia, al entrar MINUTISA en ella, el DIABLO-POLICHINELA, vestido de monja, con grandes tocas, de las que le salen por la cabeza los enormes cuernos; lleva un libro y un rosario muy grandes. Al salir, con exagerados espavientos, se santigua repetidamente.)

ARLEQUIN.

¡Lo que me quedó por ver,
al Diablo haciéndose cruces!

DIABLO.

¡Cuándo, lógico, deduces
el ser por el parecer?

ARLEQUIN.

¡Pues no es que parezca Diablo
quien se signa y se persigna?

DIABLO.

No, si entiendes el enigma
de los cuernos y el establo.
Nació Cristo, al parecer,
entre una mula y un buey,
para no parecer Rey,
pues no lo quería ser.
Y de ese modo, al nacer
junto a cuernos de fortuna,
con sus alientos le acuna
el animal temeroso,
dándole, como al esposo,
los dos cuernos de la luna.
¡Qué te extraña que al Diablo,
nacido de los infiernos,
le hayan salido los cuernos
desde que miró al establo?
Y porque mira al retablo
de la santísima cuna,
como el que mira a la luna
poniendo los ojos tiernos,
Diablo al que le sale cuernos
es Diablo que se vacuna.

ARLEQUIN.

¡Y por qué vistes con tocas
y apariencias de monjío?

DIABLO.

Al que se muere de frío
todas las tocas son pocas.

ARLEQUIN.

¡No eres el fuego que abrasa?
Con que a mí mismo me hielo;
que la esperanza de cielo
nunca pasó por mi casa.

ARLEQUIN. ¿Cómo de la Iglesia sales?
 DIABLO. Habiendo entrado primero.
 ARLEQUIN. ¡Eres el perogrullero
 mayor que han visto mortales!
 DIABLO. Acostumbro, en casos tales,
 perogrullar las tocas,
 tocando vírgenes locas,
 y haciendo, con esa hechura,
 de su locura cordura,
 si las consecuencias tocas.
 ARLEQUIN. ¿Son tocas conventuales
 las que trocas con tu trato,
 tratando, tan de barato,
 las locuras virginales?
 DIABLO. ¿Y eso te parece mal?
 Al tantear tantos tientos,
 no trato, troto con vientos;
 y es cosa muy natural
 que si cuentas paren cuentos
 contando con tantos vientos
 me vuelva conventual.
 ARLEQUIN. ¿No eras el trata-con-vientos
 de más alcahuetería?
 DIABLO. Lo seré más todavía
 con disfraces cenicientos.
 ARLEQUIN. ¿Quién en la Iglesia te mete?
 DIABLO. ¿Y en dónde me metería
 mejor, ni más me valdría
 mi crédito de alcahuete?
 Va ardiendo como un cohete
 el que se quema de prisa;
 porque se muere de risa
 de lo que al cielo promete.

(Sale MINUTISA de la Iglesia, dirigiéndose hacia la puerta del Palacio, de donde salió. Lleva una enorme cruz de ceniza en la cabeza, otra en la frente, y en el pecho otra.)

MINUTISA. *(Al Diablo)*
 ¿Es señora o señorona,
 o tal vez madre abadesa,
 la que llaman Doña Tiesa,
 y también Doña Zumbona?

DIABLO. No, niña, yo no soy esa
señora Doña Zurróna:
pero tú, ¿serás, soplona,
Señora Doña Pavesa?

MINUTISA. Si no es pavesa de pava
sino pavesa de fuego,
yo soy ésa, desde luego,
porque abraso como lava.

DIABLO. Lava de fuego no lava
porque es mancha cenicienta;
o huella de amor sangrienta
como grillete de esclava.

MINUTISA. Pues esa señal no es mía,
Señora Doña Ceniza.
Yo soy noche, espantadiza,
que se escabulle en el día.

(Entra en el Palacio)

DIABLO. *(A Arlequín que se ríe exageradamente, doblándose por la cintura.)*

ARLEQUIN. ¿De qué ríes, espejuelo?
De la alondra que te hechiza,
empolvando de ceniza
hasta la capa del cielo.

DIABLO. ¡Ya del Carnaval me espanto
por su máscara de risa;
que la Cuaresma, de prisa,
me trae la suya de llanto!
Cuaresma por Carnaval,
es careta por careta;
todo es una misma treta
que hace a la Muerte inmortal.
Que se lllore o que se ría,
la misma máscara advierte
que terminan con la muerte
el dolor y la alegría.
Son iguales, por mortales,
con diversos pareceres,
penitencias y placeres,
cuaresmas y carnavales.

ARLEQUIN. ¡Y el Diablo predicador
que predica uno por ciento!

DIABLO. ¿Si predico lo que siento
moralizo lo peor?

ARLEQUIN. ¿Te precias de moralista?

DIABLO. ¿Cómo no, si es la moral
ciencia del bien y del mal
y yo soy su especialista?

ARLEQUIN. ¿Eres espiritualista?

DIABLO. No. Soy espiritual;
que no suele ser igual.
Yo al árbol del Paraíso,
que era manzano de viso,
lo hice moral, de inmoral.

ARLEQUIN. Eso te desacredita
si lo confiesas ahora:
que la mancha de la mora
con otra verde se quita.

DIABLO. Pon verde, que es pon y quita,
pues si la pones madura,
la manzana que más dura,
por más dura que la mora,
es más cristiana señora,
si sabe que no perdura.

ARLEQUIN. ¿Manzanas te desayunas?

DIABLO. Y con manzanas me ceno;
cuando cuaresmas no peno
porque me quedo en ayunas;
que siempre son otras unas
las que manzanean más.

ARLEQUIN. ¡Muy esotérico estás!

DIABLO. Con hambre de carne y hueso.

ARLEQUIN. Pues te quedarás en eso,
porque no las catarás.

(Salen)

(Con música carnavalesca y funeral pasa por la escena el entierro de DON ANTRUEJO, mascarada grotesca, en la que figuran frailes y monjas, entre ellos, con hábito gris de franciscano, ARLEQUIN, que se separará del grupo cuando indique el diálogo, habiendo entrado en escena algo después del resto de la mascarada, procurando no ser notado.)

MUSICA.

(Baile y canto) (Lo dice y baila una muchacha)

¡Don Antruejo!
¡El sol salió!
¿Quién me vió,
si soy reflejo,
palomita del espejo?
¿Quién me vió?
¿Quién no me vió?
¿Quién se ha visto como yo?
Don Antruejo,
se hizo viejo;
y aunque frunció el entrecejo,
entre cejas se quemó:
¡por los ojos se perdió!
¿Quién lo vió?
¿Quién no lo vió?
¡Si ya sólo es un pellejo!
¡Viva y muera Don Antruejo!
¡Viva y muera como yo,
que no soy más que un reflejo,
palomita del espejo!
¿Quién me vió?
¿Quién no me vió?
¿Quién se ha visto como yo?

(Mientras se hace el canto y baile y va pasando la procesión cuaresmal y carnavalesca, ARLEQUIN, encapuchado con hábito gris, se dirige a las tres puertas, haciendo como indica el diálogo.)

FEDERICO. *(Aparece en la primera puerta a que llama ARLEQUIN)*
¿Mensaje de Melusina?
ARLEQUIN. Se adivina.
FEDERICO. ¿Por tu mano me lo envía?
ARLEQUIN. Se diría.
FEDERICO. ¿Y no volaron tus pies?
ARLEQUIN. Ya lo ves.

(Le da un trocito de espejo)

FEDERICO. Pues si veo para creer,
y creo para adivinar,
¿será cosa de mirar
lo que ya es cosa de ver?

ARLEQUIN. Y entender.
FEDERICO. ¿Cómo?
ARLEQUIN. Al leer
FEDERICO. el espejo que te di.
El espejo dice así:

(Mirándolo como si lo leyera)

“Soy vidrio, no soy cristal:
nacé del aire y la llama;
me teme quien no me ama;
¡romperme es mala señal!”

(ARLEQUIN hace una pirueta y se va en busca de otra puerta, mientras FEDERICO dice, para sí:)

La cosa se va enredando
—yo ya no sé si lo entiendo—
¿tendré que seguir mintiendo
para seguirme engañando?

ALBERTO.

(Aparece en la puerta)

ARLEQUIN.

¿Melusina te envió?

ALBERTO.

¿Me mandó!

¿Y esto te dió para mí?

(Toma el trocito de espejo que le da ARLEQUIN)

ARLEQUIN.

¡Para ti!

ALBERTO.

Luego, si

Melusina te lo dió,

¿será por sí o por si no?

ARLEQUIN.

¿Qué sé yo!

ALBERTO.

¿Soy yo quién puede saberlo?

ARLEQUIN.

Y creerlo.

ALBERTO.

Ya tú ves que sí lo creo,
pues lo leo:

(Mismo juego de antes)

“Mira sin mirarte en mí:
que si tanto lo deseas,
verás, aunque no lo creas,
cuando no mires por ti”.

ALBERTO.

(Para sí)

Esto se va complicando
—yo ya no sé si lo entiendo—

¿tendré que seguir sufriendo
para seguir suspirando?

GUSTAVO.

(Abriendo su puerta)

¿Melusina a mí te envía?

ARLEQUIN.

¡Pues me fía!

GUSTAVO.

¿Fidelidad es tu lema?

ARLEQUIN.

Mi pamema.

GUSTAVO.

¿Tu mensaje no es verdad?

ARLEQUIN.

Mitad y mitad.

GUSTAVO.

¿Quién te tiene por entero?

ARLEQUIN.

Quien yo quiero.

GUSTAVO.

Luego claro se imagina

que te tiene Melusina.

¿Y si te tiene te da?

ARLEQUIN.

¡Ahí está!

(Le da el trocito de espejo)

GUSTAVO.

¿Lo creeré porque lo veo?

ARLEQUIN.

Y si lo ves y lo crees,

¿qué es lo que ves?

GUSTAVO.

Lo que leo:

(mismo juego de antes)

“No podrán tiros ni estoques

atravesar mi ilusión;

yo no tengo corazón:

tú, mírame y no me toques”.

(Mismo juego, para sí:)

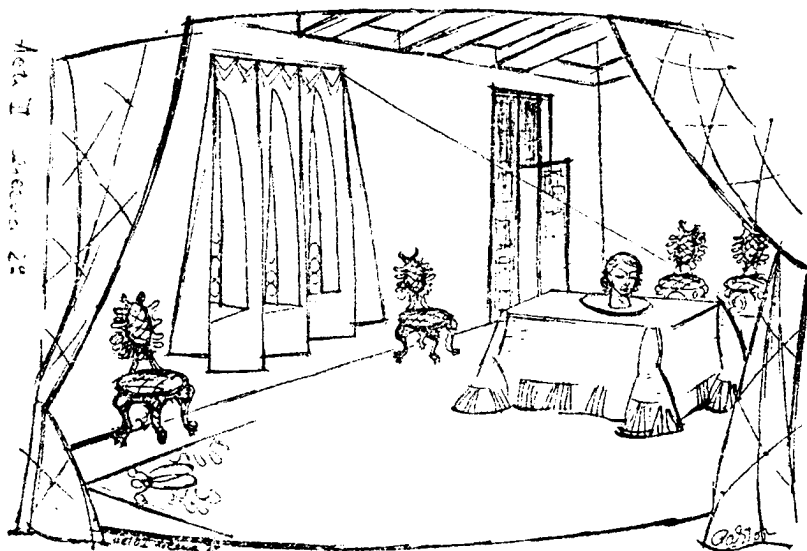
La historia se va intrincando

—yo ya no sé si la entiendo

para seguir esperando?

(Mientras termina este juego, en que ARLEQUIN, después del último dialoguillo ha vuelto al grupo enmascarado y sigue a éste, con música y baile grotescamente procesional, se hace la)

MUTACION



ESCENA II

(Sala del Palacio Meluso. Ventanales con cortinas corridas que dejan transparentar una débil luz a la que se percibe, sobre una mesa, la CABEZA cortada de Meluso, como en los trucos de prestidigitación, por un juego de espejos. Tiene los ojos cerrados como si durmiese. Se oye fuera el canto de la escena anterior, que va extinguiéndose en lejanía, y luego, el tañido de la campana. Después unos golpes, como si se dieran en la puerta

LA CABEZA. ¡Adelante!

(Entra el barbero Juan, llevando su estuchito con los enseres de su oficio)

EL BARBERO. ¡Da el señor su permiso?

CABEZA. Descorre las cortinas, Juan, para que veamos.

BARBERO. *(Descorre las cortinas y la sala queda iluminada con claridad de día)*

¿Cómo ha descansado el señor? ¿Ha dormido bien?

¿tendré que seguir sufriendo
para seguir suspirando?

GUSTAVO.

(Abriendo su puerta)

ARLEQUIN.

¿Melusina a mí te envía?

GUSTAVO.

¿Pues me fía!

ARLEQUIN.

¿Fidelidad es tu lema?

GUSTAVO.

Mi pamema.

ARLEQUIN.

¿Tu mensaje no es verdad?

GUSTAVO.

Mitad y mitad.

ARLEQUIN.

¿Quién te tiene por entero?

GUSTAVO.

Quien yo quiero.

GUSTAVO.

Luego claro se imagina
que te tiene Melusina.

ARLEQUIN.

¿Y si te tiene te da?

¿Ahí está!

(Le da el trocito de espejo)

GUSTAVO.

¿Lo creeré porque lo veo?

ARLEQUIN.

Y si lo ves y lo crees,

¿qué es lo que ves?

GUSTAVO.

Lo que leo:

(mismo juego de antes)

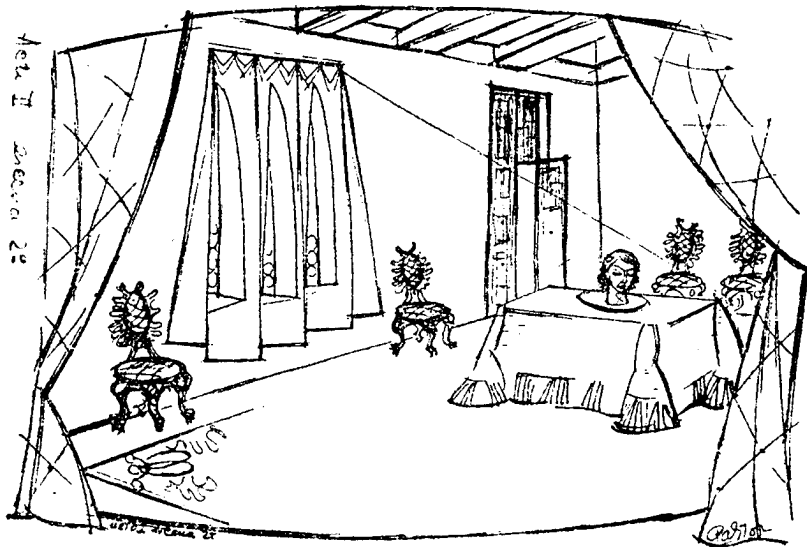
“No podrán tiros ni estoques
atravesar mi ilusión;
yo no tengo corazón:
tú, mírame y no me toques”.

(Mismo juego, para sí:)

La historia se va intrincando
—yo ya no sé si la entiendo—
¿tendré que seguir viviendo
para seguir esperando?

(Mientras termina este juego, en que ARLEQUIN, después del último diálogo ha vuelto al grupo enmascarado y sigue a éste, con música y baile grotescamente procesional, se hace la)

MUTACION



ESCENA II

(Sala del Palacio Meluso. Ventanales con cortinas corridas que dejan transparentar una débil luz a la que se percibe, sobre una mesa, la CABEZA cortada de Meluso, como en los trucos de prestidigitación, por un juego de espejos. Tiene los ojos cerrados como si durmiese. Se oye fuera el canto de la escena anterior, que va extinguiéndose en lejanía, y luego, el tañido de la campana. Después unos golpes, como si se dieran en la puerta de la habitación. La Cabeza de Meluso, al oírlos, abre los ojos y dice:)

LA CABEZA. ¡Adelante!

(Entra el barbero Juan, llevando su estuchito con los enseres de su oficio)

EL BARBERO. ¿Da el señor su permiso?

CABEZA. Descorre las cortinas, Juan, para que veamos.

BARBERO. *(Descorre las cortinas y la sala queda iluminada con claridad de día)*

¿Cómo ha descansado el señor? ¿Ha dormido bien?

CABEZA. Yo ya no duermo nada, Juan, desde que no tengo más que cabeza. No hago más que pensar, pensar... (bostezo)

BARBERO. Pues eso no es bueno.

(*Mientras le prepara, afilando la navaja*)

¿No cree el señor que se vería mejor ahora dejándose la barba?

CABEZA. Juan, tú tienes un prejuicio bíblico sobre los degollados. Quieres hacerme una cabeza artística: una cabeza de Bautista o de Holofernes...

BARBERO. (*Mientras le enjabona*) No crea el señor. No lo dije con esa intención. Sabe el señor que no soy judío.

¿El señor quiere que le recorte un poco el pelo?

CABEZA. También, pero no mucho. ¿Ves qué largos cabellos tengo? Despéjame la frente. Ponme los dedos ahí; no; un poco más arriba; ¿no sientes nada?

BARBERO. Nada señor. ¿Pues qué quería que sintiese?

CABEZA. No hagas caso, Juan. Son ilusiones más.

BARBERO. De ilusiones se vive, señor.

CABEZA. Cuando no se vive de verdad. Cuando se vive de verdad, de ilusiones se muere.

BARBERO. ¿Y a qué llama el señor vivir de verdad?

CABEZA. A vivir como vivo ahora, desde que no tengo más que cabeza.

BARBERO. No diga eso el señor, que siempre tuvo mucho entendimiento.

CABEZA. ¿Entendimiento? ¿Acaso no me queda otra cosa?

BARBERO. El señor es un verdadero intelectual.

CABEZA. ¿Qué remedio me queda? Tendría que hacer de tripas corazón para dejar de serlo; y no tengo ni tripas ni corazón, como ves.

BARBERO. Pero nadie podrá decir que el señor haya perdido la cabeza.

CABEZA. Eso es lo malo, Juan. Ese es mi mal. Mi pena y mi castigo. Tú habrás oído decir muchas veces que alguno ha perdido la cabeza por una mujer. Pues lo mío es muchísimo peor: no haberla perdido: haberla encontrado.

¿Y por una mujer?

BARBERO. Por una mujer, que se ha empeñado en conservármela.

CABEZA. ¿Cómo ha sido eso?

BARBERO. Pues como lo estás viendo. Para ti no tengo secretos.

CABEZA. Te diré el que me tiene de este modo.

BARBERO. ¿No se siente bien el señor?
 CABEZA. No me siento de ninguna manera. No puedo sentirme. Sólo puedo pensarme. Te diré lo que pienso, Juan; pero prométeme guardarme el secreto.

BARBERO. Es secreto profesional, señor. Prometido.
 CABEZA. Pero antes dime, Juan, ¿qué piensas tú de la moral y de la vida?

BARBERO. Que la moral, señor, es la cosa más hermosa de la vida.
 CABEZA. ¿Por qué lo dices?
 BARBERO. No soy yo quien lo digo. El señor sabe que eso lo dice Boccaccio al empezar el primer cuento del Decamerón.

CABEZA. Pero la vida, desdichadamente, no es un cuento del Decamerón.
 BARBERO. Desdichadamente, señor.
 CABEZA. Ni la moral tampoco.
 BARBERO. Desdichadamente.
 CABEZA. ¿A ti te parecerá cosa de cuento una mujer fiel a su marido toda la vida: fiel con una fidelidad inquebrantable?

BARBERO. Sí, señor. Digo, no señor. ¿Qué quiere el señor que le diga?
 CABEZA. Quiero que me digas lo que sientes, Juan, tú que puedes sentirlo. Porque esa mujer es la mía.
 BARBERO. No siento decirselo al señor. Le felicito.
 CABEZA. Pues no me felicites, Juan, porque ésa es mi desdicha.
 BARBERO. ¿Por qué señor?
 CABEZA. Porque la fidelidad de Melusina es la que me tiene de cabeza, como me ves. Por eso te hice tantearme la frente, por la ilusión de que pudiera brotarme el primer capullo delator de la única cosa que puede salvarme de este estado, que sería su amoroso engaño. Mientras Melusina me sea fiel viviré de este modo. Ya te dije que ésta es mi pena y mi castigo. Cuando Melusina traicione su fidelidad a este amor mío, desesperado, mi cabeza perderá la vida y el habla que ahora ves que tiene. Tengo que pedirte un favor, Juan, para el que te he contado todo esto. Quiero que me ayudes a lograr que Melusina me engañe...

BARBERO. Yo no me atrevería señor...
 CABEZA. No seas idiota. No se trata de que me engañe contigo. Para que yo encuentre mi descanso, y pueda dormir eternamente, sin pensar ni hablar como ahora, que es una

terrible tortura, mi mujer tiene que engañarme por lo menos tres veces; y engañarme de veras.

BARBERO.

(Sorprendido, mientras le seca la cara y acaba de arreglarle el pelo)

CABEZA.

Pues, ¿cómo es eso?

Porque Melusina tiene tres almas y no basta que me engañe con una sola; tiene que engañarme con las tres. Tiene que engañarme por amor del amor con que me ha desengañado.

BARBERO.

Si entiendo lo que dice el señor, tiene que engañarle con toda el alma.

CABEZA.

Con todas sus almas.

BARBERO.

Bueno. Eso, lo mismo es. Porque una mujer siempre tiene alma para todo. Cuando no un alma para todos, y para cada uno.

CABEZA.

No me entiendes. Juan. Te digo que Melusina sólo tiene tres almas que aún siendo distintas, me profesan un solo y único amor verdadero y fiel.

BARBERO.

Las mujeres siempre son así, como dice el señor; cuando aman a uno, nunca quieren a otro. Yo creo, con perdón del señor, que no hay mujer enamorada que sea infiel a su amor. La mujer no es infiel más que cuando se es infiel a sí misma.

CABEZA.

Tienes una filosofía de peluquero.

BARBERO.

El señor no querrá decir de charlatán.

CABEZA.

Diie de peluquero; porque el peluquero filosófico habla siempre de espaldas al espejo.

BARBERO.

Eso sí que es verdad, señor; nosotros siempre le hablamos a la gente en la cara.

CABEZA.

Y las gentes prefieren no entender unas verdades tan poco lisonjeras o especulativas: por descaradas. Pero yo sí, Juan. Y creo que tienes razón en lo que dices de la fidelidad femenina. Desdichadamente lo sé por experiencia; por esta dolorosa experiencia que te estoy contando.

BARBERO.

El caso es que el señor quisiera que su respetabilísima señora esposa, Doña Melusina, le engañase, y lo hiciera con sus tres almas a la vez. ¿A la vez o sucesivamente?

CABEZA.

Lo mismo me daría; con tal de que me engañase las tres veces. O que me engañase del todo.

BARBERO.

Es que, como el señor sabe, y yo antes le decía, la mujer

siempre que quiere a uno, quiere a uno. No es como nosotros, los hombres, que siempre que queremos a una, queremos a otra.

CABEZA.

Eso es también verdad de peluquero. Como la de que cuando queremos a otra es porque queremos a una.

BARBERO.

Pero ésa es otra.

CABEZA.

No me hagas líos. Lo que yo te pido es que me ayudes para conseguir que Melusina se enamore de otros y engañe de ese modo mi amor. Sin ella enterarse, por supuesto, pues, si lo supiera, ya no me engañaría.

BARBERO.

Comprendo, señor. El señor quiere hacerse el tonto. Es lo habitual.

CABEZA.

Y he pensado en que tengo tres amigos, magníficos amigos, que son los indicados para el caso; pues los tres aman a Melusina.

BARBERO.

También es lo acostumbrado, señor. Los amigos son los mejores colaboradores para eso. Sin decírselo, claro.

CABEZA.

Claro que sin que ellos lo sepan. Por eso he empezado por citarlos aquí, para tenderles una trampa. Además, Melusina tiene tres amigas... Pero la dificultad no está en ellos, ni en ellas, sino en ella.

BARBERO.

Déjeme a mí hacer, el señor. Yo conozco a una endiablada Celestina que nos facilitará la tarea.

CABEZA.

Pues tráemela también, con sigilo.

BARBERO.

¿Puedo retirarme ya, señor?

CABEZA.

Sí. Pero antes hazme un pequeño favor.

BARBERO.

El señor dirá.

CABEZA.

Por ahí debe haber una caja con cigarros y otra con cigarrillos. Coge tú un cigarro, o más, los que quieras; fúmate uno, y dame un cigarrillo a mí.

BARBERO.

Gracias, señor. Pero no me parece correcto...

CABEZA.

¿El qué? ¿Encender ahora tu cigarro? No seas majadero. Si es que necesito la ceniza.

(Enciende el peluquero su cigarro poniéndole en los labios a la Cabeza el cigarrillo encendido también. Fuman. Pausa).

BARBERO.

El señor dirá para qué quiere la ceniza.

CABEZA.

Para que la tomes con un dedo y me hagas con ella una cruz en la frente.

BARBERO.

No sé si debo.

CABEZA.

Sí, hombre, sí. No seas susperticioso.

(*El barbero lo hace*)

BARBERO. ¿Algo más, señor?
CABEZA. Nada. Ya tengo mi toilette completa para hoy. Que no olvides mi encargo.
BARBERO. Descuide el señor.

(*Sale el barbero Juan*)

(*Entran MELUSINA, seguida de MINUTISA y EL DIABLO, de monja, como en la escena anterior, y ARLEQUIN de fraile franciscano; ambos llevan un cirio encendido, y al oscurecerse la escena, sin decir nada, se colocan a los lados de la Cabeza de Meluso, poniendo los cirios en un candelero, uno a cada lado de la Cabeza.*)

MELUSINA. Hay mucha luz aquí. Corre las cortinas, Minutisa.

(*MINUTISA lo hace y queda la sala oscurecida como al principio, pero iluminada con los cirios.*)

¿Duermes, Conrado?

(*La Cabeza abre los ojos y bosteza; MELUSINA se arrodilla ante ella*)

 ¡Perdóname!
CABEZA. (*esperanzado*) ¿Me has engañado, Melusina?
MELUSINA. No, sino por el fiel amor que te tengo.
CABEZA. (*decepcionado*) Gracias, Melusina. Yo también pienso que te amo (*bosteza*).
MELUSINA. ¿Lo piensas, nada más?
CABEZA. Ya no tengo corazón para sentirlo.
MELUSINA. (*suspirando*) ¡Ay!, ¿no sientes mi amor en tu boca? ¿No es tuya mi vida?

(*Va a besarle, como dice, u. ARLEQUIN pone su mano ante la boca de la Cabeza, besando MELUSINA la mano de ARLEQUIN.*)

CABEZA. ¿No viste una cruz en mi frente?
MELUSINA. Yo también la llevo. Déjame que bese mi cruz en ti. ¿Mi alma es sólo tuya!

(*Mismo juego de antes, al hacerlo, se interpone la mano de ARLEQUIN que MELUSINA besa.*)

CABEZA. Veo la cruz en tu frente y en tu pecho, pero no en tus ojos, Melusina.
MELUSINA. ¡Mírala! ¿Si es tuyo mi corazón!

(Se le acerca, intentando besarle en los ojos y se repite el mismo juego, interponiéndose ARLEQUIN y volviendo a besar su mano MELUSINA).

CABEZA. Te amo, Conrado: con alma, corazón y vida.
Yo pienso Melusina que sigo amándote. Pero, ¿hasta cuándo, Melusina?

MELUSINA. Hasta que se cumpla mi venganza en quienes me han quitado tu vida, tu alma y tu corazón.

CABEZA. ¿Vengándote también en mí, Melusina?

MELUSINA. No, Conrado, sino en quienes te hirieron a ti de muerte.

CABEZA. ¿Qué piensas hacer, Melusina?

MELUSINA. ¡Ya lo verás!

(Hace una seña a MINUTISA y ésta se dirige al centro de la estancia donde coloca, ante la mesa, y tres a cada lado, seis sillas iguales; luego va a la puerta, haciendo entrar a CLAVEL, ESTRELLA, y MARAVILLA, seguidas de ALBERTO, FEDERICO y GUSTAVO, que entran sin decir nada, colocándose, como ante el catafalco de un funeral, cada uno ante su silla, en pie, hasta que lo indique el diálogo. MELUSINA se coloca detrás de la mesa, como si fuese a hacer un juego de prestidigitación con la Cabeza Encantada, que tiene a cada lado un cirio encendido y al DIABLO, de monja, y a ARLEQUIN, de fraile, inmóviles, haciendo como si rezaran; MINUTISA sale de escena, figurando que cierra la puerta al salir.)

MELUSINA. Os he reunido aquí para que escuchéis por la boca viva de Conrado, cuya cabeza está presente, cuál es su última voluntad; que ha de ser cumplida por vosotros a riesgo de vuestra propia vida. Podéis comprobar vosotros mismos que no hay engaño en esto, preguntando a la Cabeza de Meluso lo que queráis, y acercándoos a ella para ver que lo es, en efecto, su cabeza misma, tal como la conocisteis en vida...

(Los seis se acercan sucesivamente a la Cabeza, que les va saludando por sus nombres conforme llegan.)

CABEZA. Hola Clavel. Buenos días, Estrella. Salud, Maravilla. ¡Qué bonitas estáis con vuestro disfraz ceniciento!; casi más bonitas que anoche en el baile de máscaras. Y vosotros, Federico, Alberto y Gustavo, ¿habéis olvidado ya, con el sueño, la triste pesadilla de esta madrugada? Ya véis que no estaba borracho, sino muerto; tan muerto como lo estoy ahora; aunque mi cabeza os hable todavía, para poder deciros lo que he pensado, y que espero que

vosotros cumpliréis, si no queréis veros en la difícil situación mía, que es una tortura que no os deseo...

(Los seis se retiran estupefactos, al oír la Cabeza parlante, y MELUSINA con un gesto les hace sentar.)

CLAVEL. *(en voz baja a MARAVILLA y ESTRELLA)* ¡Qué cosa más rara! ¡Y el caso es que está más guapo así! Debe tener el cuerpo debajo de la mesa; Melusina es una escamoteadora endiablada, ¡ya os lo decía yo!

MARAVILLA. *(lo mismo)* Sería una lástima que no tuviese cuerpo ninguno. No envidio a Melusina, si es verdad que no tiene más que la cabeza.

ESTRELLA. *(lo mismo)* No digáis. A mí esto me da muy mala espina. Veréis cómo es una trampa de los dos para asustarnos y que hagamos lo que ellos quieren.

ALBERTO. ¡Qué piensas de esto, Federico?

FEDERICO. Que Melusina es más lista de lo que yo pensaba. Ya lo véis. Todo esto ha sido invención suya. Pero no puedo ni figurarme lo que se propone.

GUSTAVO. A mí me parece que todo esto es lo más inverosímil que podamos imaginarnos; porque no tiene truco ni engaño alguno; porque es, sencillamente, si misteriosamente, verdad.

MELUSINA. Lo que Conrado ha pensado es una cosa muy sencilla y muy feliz para vosotros. Consiste simplemente en que os caséis.

(Los seis se levantan como movidos por un resorte y dicen a la vez)

LOS SEIS. ¿Cómo?

MELUSINA. ¡No asustaros! ¡Verdad, Conrado, que ése es tu pensamiento?

(La Cabeza hace signos afirmativos)

LOS SEIS. *(como antes)* Pero, ¿cómo?

MELUSINA. *(con naturalidad)* ¿Cómo va a ser? Por parejas. De dos en dos. Cada uno con cada una.

GUSTAVO. Eso ya lo suponemos nosotros. Pero las parejas ¿serían de libre elección?

MELUSINA. Eso vendrá después, Gustavo. Vamos poco a poco. ¿Qué os parecen las bodas?

MARAVILLA. ¿Y si nos pareciera mal?

MELUSINA. Tendréis en su lugar la horca.

CLAVEL. ¿Los seis?
MELUSINA. Los seis. Tendréis bodas mortales.
ESTRELLA. ¿Por qué?
MELUSINA. *(con gravedad)* Porque sois los asesinos de Conrado Meluso.
LAS TRES. ¿Tú nos denunciarías a todos?
MELUSINA. *(resuelta)* Sí.
FEDERICO. ¿Esto es un chantage, Melusina? Pero no puedo adivinar tu intención.
MELUSINA. Pregúntasela a Conrado.
CABEZA. *(para sí)* ¡Como si lo supiera yo! *(bosteza)* Lo que Melusina os propone me parece muy razonable. Es lo que yo pensaba... hace tiempo... lo que sigo pensando ahora.
ALBERTO. ¿Y vamos a elegir pareja nosotros o ellas?
MELUSINA. Lo echaréis a suerte. Tratándose de bodas el mejor acierto depende siempre del destino.
GUSTAVO. Por mi parte, acepto la propuesta encantado.
MELUSINA. Eres un caballero, Gustavo; no podrá esperarse menos de vosotros dos.

(FEDERICO y ALBERTO dicen que sí con la cabeza)

¿Qué decís vosotras?
MARAVILLA. *(en voz baja a las otras dos)* Hay que ganar tiempo.
MELUSINA. *(en voz alta)* Nosotros decimos también que sí.
(Toma de la mesa la pistola, el puñal y el veneno, que estaban al lado de la Cabeza cortada, y se adelanta a mitad de escena).
Estas son vuestras armas. ¿Cuál eliges Gustavo?
GUSTAVO. El veneno, si viene de tu mano.
MELUSINA. Viene de la mano de Maravilla, tu futura esposa. Ahora entre el puñal y la pistola tendréis que elegir vosotros dos a ciegas. Vendarles los ojos.

(Lo hacen ESTRELLA y CLAVEL)

Tomarlos de la mano de vuestras novias.

(Les da a las dos la pistola y el puñal, mientras las buscan, como jugando a la gallina ciega, FEDERICO y ALBERTO, encontrando FEDERICO a CLAVEL, que tiene la pistola y ALBERTO a ESTRELLA que tiene el puñal.)

FEDERICO. ¿Y qué hacemos con esto? *(señalando a las armas)*
MELUSINA. *(con ironía)* Vosotros sabréis. Guardarlas por si acaso. Son nuestro regalo de boda. ¿Verdad, Conrado?

(La cabeza asiente, y bosteza)

(Antes de salir van dejando sobre la mesa los tres pedazos del espejo roto que tenían FEDERICO, ALBERTO y GUSTAVO. MELUSINA se los va poniendo ante el rostro, sucesivamente, a ESTRELLA, CLAVEL y MARAVILLA que se miran en ellos componiéndose la cara y el pelo. Luego salen lentamente los seis, emparejados, como se hizo en el acto anterior y sin decir palabra. Entra MINUTISA, que les abre la puerta y se queda en escena, esperando órdenes de MELUSINA.)

- CABEZA. Tu venganza me parece excelente, Melusina: sobre todo por la idea de las bodas. Pero no acierto a comprenderla, ni adivino lo que te propones.
- MELUSINA. Ya lo verás. Descansa ahora, si puedes, hasta la noche, para que tengas la cabeza enteramente despejada.
- CABEZA. ¡Si no tengo otra cosa, Melusina! (bosteza)
- ARLEQUIN. Despejo que es despejo.
- DIABLO. (al oído de la Cabeza) No hagas caso del fraile: es de pega. Hazme caso a mí. Yo soy quien te envió el peluquero.
- CABEZA. Déjanos ahora, Melusina; quiero rezar con estos penitentes que me has traído.
- MELUSINA. Minutisa y yo vamos a preparar la fiesta.
- (Salen MELUSINA y MINUTISA)
- ARLEQUIN. (Quitándose el hábito y apareciendo con su traje de Arlequín.)
- Mírate en este espejo Meluso, ¿qué ves?
- (Le ofrece los tres pedazos del espejo unidos)
- CABEZA. Veo a Melusina.
- DIABLO. ¿Entera o en parte?
- CABEZA. Enterita, tal como es.
- ARLEQUIN. ¡Entonces estamos salvados!
- CABEZA. ¿Por qué?
- DIABLO. Porque Melusina volverá a tener una sola alma cuando pierda definitivamente la cabeza; tu cabeza, quiero decir: ¿lo entiendes?
- CABEZA. Creo que sí. ¿Pero y yo?
- ARLEQUIN. Tú dejarás de padecer este suplicio, dejarás de ser Cabeza encantada.
- CABEZA. ¿Melusina me engañará?
- ARLEQUIN. Ya ha empezado a engañarte.
- CABEZA. (contentísima) ¿Qué dices? ¿No me engañas tú?

DIABLO.

(Quitándose las tocas y los cuernos que coloca triunfalmente sobre la Cabeza de Meluso, y apareciendo de Polichinela, va de un lado a otro, visiblemente satisfecho, hasta que encuentra una botella y unas copas, que llena, dándole una a ARLEQUIN y otra a la Cabeza que la bebe de un trago. Con la copa en alto.)

ARLEQUIN.

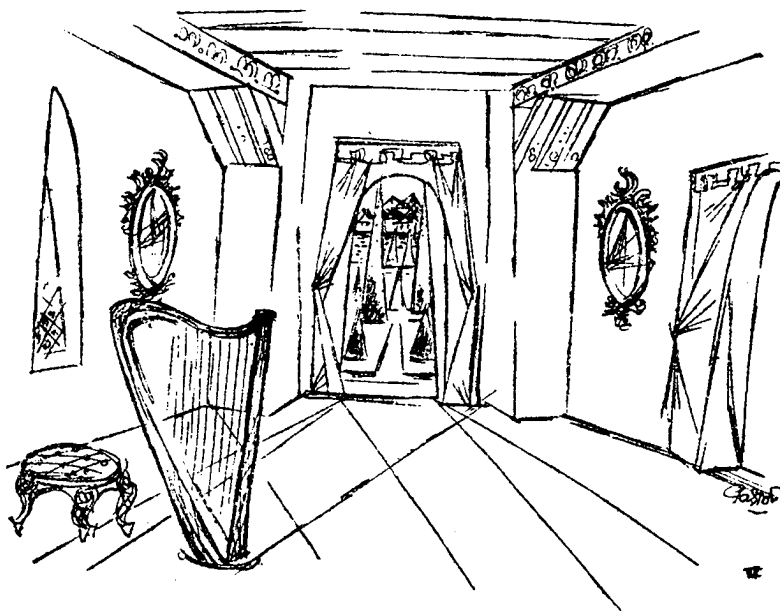
¡Por Melusina engañadora!
(lo mismo) ¡Por el alma única de Melusina inmortal!

(La Cabeza ríe, ARLEQUIN da piruetas, y el DIABLO-POLICHINELA, tambaleándose como un borracho, parodia con ritmo de baile el tañido de la campana, que vuelve a oírse ahora).

DIABLO.

¡Tín, tón, tán, tén, tón, tán, tén, tón, tán...!

MUTACION



ESCENA III

(Otra sala del Palacio Meluso, con puerta abierta a un jardín. Es mediodía. En el jardín se ve a MINUTISA cogiendo flores. En el interior, a MELUSINA, pulsando un arpa. Pausa larga. Cuando la suave música se acalla, quedando difuminada en el fondo, dice MELUSINA:)

MELUSINA.

Un cuerpo con tres almas parecía
la imagen viva de mi sentimiento,
cuando, por extremarla el pensamiento,
como un cristal de hielo la rompía;
nieve que se derrite con el día;
nube de polvo que deshace el viento;
apagado rescoldo ceniciento
del fuego en que el amor me consumía:
ahora pulsan mis dedos su latido
en el eco lejano de mi llanto,
que es sombra que se muere con la llama;
como si el corazón, estremecido,
no tuviera más voz de su quebranto
que la que le enmudece lo que ama.

MINUTISA.

(Entrando con un gran manojo de flores recién cortadas)

Aquí tienes, Melusina,
las flores que me encargaste:
¡luces de encendidas llamas;
cenizas al apagarse!

MELUSINA.

Las flores, con ser las flores,
son el veneno del aire.
Amores que un solo amor
partió en tres almas amantes
haciendo una sola sombra
la luz de sus claridades:
sóis, amores, como flores
cortadas, que, al marchitarse,
se juntan en un aroma
y en un color se reparten,
uniéndose para hacerse
el ansia de separarse;
como los cinco sentidos,
con sentido semejante,
en un alma que los junte
y un cuerpo que los separe:
pues parten del corazón
para volver a encontrarse
juntos en el pensamiento
que no puede separarles.
¡Sombras sóis de la mudanza,
sentidos tan desiguales
que mentís para los ojos

lo que escuchando olvidáis!
 Sabor de un solo saber
 que sólo sabe ignorarse.
 Tacto de un latir, pulsado
 en el olor de la sangre
 que palpita a flor de piel
 cuando empieza a deshojarse.
 ¡Ay flores, que con ser flores,
 soís el veneno del aire!
 Amores soís de un amor
 herido por empeñarse
 en seguir del corazón
 las oscuras veleidades.
 No es flor la del alma mía
 si sus aromas esparce
 y sus colores marchita
 cuando sus pétalos abre;
 que siendo flor esparcida,
 semilla de tantos males,
 no alienta con el amor
 herida de parte a parte:
 que respirar por la herida
 no es respirar, es ahogarse.
 ¡Ay flores, que con ser flores,
 soís el veneno del aire!

(Se oye fuera, hacia el lado del jardín, que se supone da a una calle o plaza de la ciudad, un fuerte rumoreo, cada vez más intenso y amenazador, conforme va avanzando la escena)

VOCES. *(dentro)*
 ¡Muera, Melusina, muera!
 Porque ha matado su amor.

MELUSINA. *(a MINUTISA)*
 ¿Qué dice, alborotador,
 ese rumor allá fuera?

VOCES. *(dentro)*
 ¡Muera, Melusina, muera,
 porque ha matado su amor!
 MINUTISA. ¡Señora, si es un clamor
 que dice de esta manera:
 muera, Melusina, muera,
 porque ha matado su amor!

MELUSINA. Pues no lo dice mejor
que yo misma lo dijera:
¡muera, Melusina, muera,
porque ha matado su amor!

MINUTISA. No es vuestro riesgo mejor
estar aquí prisionera:
hay que buscar la manera
de escapar a ese furor.

VOCES. (*dentro*)

MELUSINA. Porque ha matado su amor:
¡muera, Melusina, muera!
El amor que me delata,
volviéndome la venganza,
me devuelve la esperanza
si la vida me arrebató:
quiero el querer que me mata
diciéndolo sin temor,
cuando lo dice mejor
que yo decirlo pudiera.

VOCES. (*dentro*)

MELUSINA. ¡Muera, Melusina, muera,
porque ha matado su amor!
¡Ay de mí! que enamorada,
más amante que amorosa,
si en celada de celosa,
por engañosa, engañada,
no pudiendo de casada
decir lo que ese clamor,
ahora lo escucho mejor
que yo decirlo supiera:

VOCES. (*dentro*)

MELUSINA. ¡Muera, Melusina, muera,
porque ha matado su amor!
Sí, muera; muera la estrella
apagada con el día;
muera con la noche fría
la flor desmayada en ella:
muera la apariencia bella
espejada en su fulgor,

cuando me dice mejor
que yo decirlo quisiera:
¡muera, Melusina, muera,
porque ha matado su amor!

*(Sale MELUSINA por la puerta del jardín, y al tiempo que va a seguir-
la MINUTISA, entran por otra puerta interior, el DIABLO-POLICHINELA
y EL ESPEJO-ARLEQUIN, en plan de fuga, con sacos de mano y enseres
de viaje a medio cerrar, cayéndoseles las cosas que contienen, y muy preci-
pitados y asustados. Queda MINUTISA en escena.)*

ARLEQUIN. ¿A dónde fué tu señora?
DIABLO. ¡Hay que huir a toda prisa!
ARLEQUIN. ¡Ni un minuto, Minutisa,
 podemos perder ahora!
DIABLO. ¡Antes que se acabe el día
 van a quemar el palacio!
ARLEQUIN. No es cosa de andar despacio.
MINUTISA. ¿Quién armó esta algarabía?
ARLEQUIN. ¿Quién iba a ser? ¡Un barbero!
MINUTISA. Cosa muy puesta en razón,
 que si es calva la ocasión
 la tropiece un peluquero.
ARLEQUIN. Ocasión que ni pintada.
MINUTISA. pues por los pelos la atrapa.
DIABLO. Si empuca lo que rapa,
 lo será pintiparada.
MINUTISA. ¡No digáis tanta simpleza!
ARLEQUIN. Melusina, ¿dónde está?
MINUTISA. Seguro que no sabrá
 dónde tiene la cabeza.
ARLEQUIN. ¡La cabeza! ¡Bueno fuera
 que se me hubiese olvidado!
MINUTISA. ¿Pues dónde está el degollado?
ARLEQUIN. ¡Lo llevo en la sombrerera!...

*(Salen los tres corriendo, cogidos de las manos y con todos sus cachiva-
ches, por la puerta del jardín por donde se marchó MELUSINA, mientras
se oye más fuerte y cercano el amenazador ruido de fuera, viéndose las lla-
mas y el humo que empiezan a cercar el Palacio, y cae el)*

TELON